



Jean Baudrillard.

UNO de los lugares misteriosos donde surgen las teorías que destronan las ideas adquiridas se llama Jean Baudrillard.

El desmenuzamiento de *La sociedad de consumo*; la descripción del PC, o los paraísos artificiales de la política; la crítica de *La mayoría silenciosa*; el análisis del Sistema de los objetos; la exposición de *La economía silenciosa del signo* son obras y obras de este filósofo apacible, pensador químicamente puro que se mueve por las alturas de los conceptos como un Buendía por su casa de Macondo, encontrando siempre la brecha que dará paso a sus nuevas corrientes de pensamiento. Su más reciente tema de investigación conceptual se sitúa en el terreno de la seducción, estrategia desestimada por los filósofos, a pesar de poseer fuerzas capaces de destruir todos los órdenes existentes.

¿Por qué, Jean Baudrillard?

—Porque, al introducir la indeterminación, lo aleatorio, lo lúdico, desarticula, transporta las cosas a otro lugar del de su verdad establecida, asignada. Es un gran desafío que desbarata todos los poderes, al rehabilitar la apariencia.

—Sin embargo, cuando se oye hablar de seducción, se piensa en el donjuanismó...

—El juego de la seducción está más allá de la realidad de lo sexual, del goce, del placer. No tiene nada que ver con una realización genital. Es, a la vez, desafío, peligro de muerte, juego, ritual y artificio. La seducción

JEAN BAUDRILLARD Y LAS SEDUCCIONES

RAMON CHAO — IGNACIO RAMONET

es fulgurante, y no se puede acumular. Se acelera muy pronto, usando sus propias reglas.

—¿Cómo llegó usted, filosóficamente hablando, a la seducción?

—Todas mis investigaciones giran en torno a la simulación. Pensé que, en el fondo, entre la seducción y la simulación, se ventilan los mismos problemas. Lo que me interesó en la

seducción, por oposición a todos los demás objetos de análisis, fue encarnarme con un objeto teórico no identificado ni identificable; algo que me permitiera ir hasta el fondo de una teoría-ficción, ya que no puedo decir de una teoría-verdad.

En realidad, empecé a bucear a partir de la anti-seducción, de una especie de percepción de lo que no es

JEAN BAUDRILLARD

seducción, como la pornografía o la sexualidad. Para mí, el problema consistía en establecer una crítica frontal, igual que había hecho con la producción.

-No quería volver a hacer un «Espejo del deseo», sino encontrar una forma de darle la vuelta al tema. Y la seducción es precisamente esta reversión.

El otro punto de partida fue el de la oposición entre seducción y producción. Pero eso no actuó como una oposición de análisis productora de sentidos. Era más bien un juego de palabras, a partir del que me planteé preguntas de este orden: siempre nos han dicho que la producción es el motor de todo; pero ¿y si no fuese verdad, si todo funcionase por la seducción?

-Me pareció que era una forma de darle la vuelta a la economía política, a la economía del deseo, y a todas esas disciplinas que no han hecho más que ocultar la seducción; un medio de disolverlas a través de un cambio radical de la perspectiva.

-Los análisis que hizo usted anteriormente, de los objetos y de la sociedad de consumo han sido perfectamente comprendidos, y han dado lugar a nuevos desarrollos. ¿Qué le gustaría que prendiese de esta nueva investigación suya?

-Lo que verdaderamente me interesa son las formas de seducción en que todo el mundo seduce a todo el mundo, el profesor, el alumno; el psiconalista, el psiconalizado; el publicista, los consumidores. La mitología nos muestra la seducción entre los dioses y los hombres. Veamos el caso de don Juan: cuando acumula las conquistas, entra en el terreno de la producción, pero también brujulea entre estrategias sentimentales, en las que se pierde. Eso es lo que me interesa verdaderamente. Cuando don Juan inventa estrategias de ostentación, de parodias, va mucho más allá del cálculo frío.

-Está también muy corrido por el mundo que existe una seducción femenina...

-La seductora falsea el deseo del hombre, juega con él, lo capta y lo decepciona. No le interesa el placer, el goce, sino el juego fulgurante del deseo que surge y desaparece. En realidad, la seducción sólo funciona entre seductores, pues siempre la pseudo víctima reaparece y desvía la seducción. Es como una especie de combate de judo, donde cada uno trata de aprovecharse de la fuerza del otro. Lo interesante no es describir a un seductor que sería sujeto, y un seducido que sería víctima. Si fuese así no habría juego ni envite.

-Existe también una seducción difusa y generalizada, concebida como estrategia

social, la de la publicidad, la de los partidos políticos. ¿Qué piensa usted de esto?

-Esa seducción está en el aire, y uno se encuentra siempre con ella, incluso cuando quiere vivir lo contrario. Hay que luchar contra esa coyuntura de sustitución política, de sustitución de lo real por una especie de manipulación.

-Es lo que usted llama la «seducción blanda».

-Eso es. Yo he tratado de sacar el término de apariencia de su acepción clásica, de opuesto a lo real, para hacer de la seducción una estrategia de las apariencias, en el sentido fuerte de la palabra. Si analizamos todas las revoluciones, vemos que, en primer lugar, acaban con las apariencias, barren con todos los ritos, ceremoniales, con todas las posibilidades de juego, de desafío. Terminan con todo, en provecho del sentido. Y luego, llega otra revolución que suprime también ese sentido para reemplazarlo por simulaciones en todos los terrenos. Yo creo que el sentido es, efectivamente, mortal, y que hoy está moribundo, mientras que las apariencias siguen en vigor. Hemos llegado a una situación en la que, al no ser dominante ni hegemónico el sentido, surge otra cosa, hay otras posibilidades, que nacen de la estrategia de las apariencias.

-¿Cómo se debe, o se puede, o no se debe seducir ahora, simuladamente?

-En este sentido, seducir a alguien no consistiría en colocarlo en situación de poderle tomar algo, sino, al contrario, situarlo en una condición tal que se le pueda dar algo. Existe una petición, una necesidad, y hay que lograr que se acepte, creando estructuras para ello. Por eso se producen las manipulaciones psicológicas de la seducción blanda. Pero esa no es la seducción que me interesa. Para mí, la seducción pertenece sobre todo al orden del desafío, de la relación dual, enigmática, secreta, cuyas reglas son indefinibles, y que seduce, precisamente, porque no puede ser descrita. Si se convierte en principio de realidad, de peticiones y de respuestas más o menos erotizadas, ya no es seducción, sino seducción blanda.

-Una de sus teorías, en este tema global de la seducción, es que las mujeres, los movimientos feministas, rechazan la seducción, sin comprender que representa el dominio del universo simbólico. Por haber dicho eso —y otras cosas más, cierto es— se le han echado encima de mala manera.

-Sí; ahí ha habido un problema, y ha sido muy violento. Si digo que no se trata de hombres y mujeres, sino de masculino y de femenino, no es una forma de escabullirme. Es porque es así. La oposición entre masculino y

femenino se debe a una posición ideológica de lo femenino; es decir, la que pueden ocupar las mujeres en tanto que sexo, que ser biológico, orgánico. Para mí, la posición de lo femenino es mucho más sutil: es, precisamente lo que no se opone a lo masculino, lo que seduce a lo masculino.

Para poder seducir al otro, la primera condición es la de no existir. La posición de la seductora, o del seductor, es fuerte, porque no posee una verdad, un lugar, no está plena. Entonces, lo femenino seduce porque no es nada, mientras que lo masculino es vulnerable porque es algo, porque tiene una verdad, un sentido, y porque se le puede atacar desde todas partes, y en particular desde su revés, en el sentido de que el vacío vence siempre a la plenitud. La fortaleza fálica presenta todos los signos de la fortaleza, es decir, de la debilidad. Vive sólo como una muralla defensiva de una sexualidad manifiesta, de una finalidad del sexo que se agota en la (re)producción o en el placer. Mi intención era lograr despsicologizar, desbiologizar, desideologizar lo femenino; es decir, cambiar de plano.

-Es raro que las feministas no lo hayan comprendido...

-Cuando formulé las proposiciones esas, de que la mujer no es nada, que sólo es apariencia, pueden parecer brutales, si se toman al pie de la letra. En realidad, cuando digo que lo femenino es apariencia, señalo que tiene una estrategia de la apariencia, y que en ello reside su fuerza. Y puesto que la feminidad vence en secreto, por eso se le exige que se normalice, es decir, que «se libere», o que encuentre «la verdad de su sexo». Y cuando la mujer se constituye hoy en un ser pleno, en el ejercicio sexual, jurídico, político, histórico, cae en una trampa. Ya sé que esto provoca equívocos. Me dirán, y me dicen: «entonces, ¿las mujeres son todopoderosas, cuando lo han perdido todo?; ¿a qué nos viene este machista con sus teorías?». No se trata de oponerse al proceso por el que las mujeres tratan de vivir, cada vez más, y colectivamente, como sexo. No me opongo al movimiento feminista. Sólo digo que el feminismo, como principio, como forma, como potencia y como soberanía, se encuentra en otra parte, y eso lo ignoran los movimientos feministas.

-Dice usted también que las dos cosas que han seducido a las masas últimamente, en esta sociedad donde se han abolido los sentidos, es el terrorismo y las estrellas, del cine, de la canción.

-Creo que el terrorismo es una de las apariciones más sintomáticas por concentrar toda la situación global en un acto, en su propio no-sentido. Es



Dibujo «trompe l'oeil» de Alain Kleinmann publicado en «Le Monde» (1979) ilustrando un trabajo sobre Jean Baudrillard y la seducción.

decir, en un acto que no tiene consecuencias políticas, ni tan siquiera consecuencias de continuidad lógicas, y que traduce un mundo sin consecuencias; un acto cuya teoría, incluso, se aproxima al punto de no tener consecuencias.

Por eso nos hallamos ante una situación nueva, original, que no sabemos a dónde puede llegar. Me parece que el terrorismo es la cristalización (violenta, de acuerdo, se le pueden poner todos los juicios de orden político y moral que se quiera) de una situación; un acontecimiento implosivo que absorbe su propia luz, sus propias consecuencias, del que no se puede sacar nada.

Evidentemente, esa es la objeción que hace todo el mundo al terrorismo, aparte de otras, claro está, pero es lo que yo retengo: que es un elemento sin consecuencias; e incluso,

retrospectivamente, pienso que lo más fuerte que tenía mayo del 68 era eso: un acontecimiento sin consecuencias. No ha sido posible extraer nada de él. Ha habido las recaídas del maosismo, y en algún sitio, naturalmente, debió operar una pérdida de finalidades, de las instituciones, etc; pero ha sido un acontecimiento completamente absorbido por sí mismo.

Lo que me interesa es esa especie de mundo transpolítico, de un mundo sin consecuencias, donde puede suceder cualquier cosa, lo que sea: China, Biafra, Camboya, nada nos importa, nada tiene consecuencias. Tal vez sea desesperante, pero ese es el mundo que me interesa. Pues bien, el terrorismo traduce eso, grita eso, chilla eso, aumentándolo todavía más. Entonces yo creo que la única actitud, pues no diré solución, (ya no estamos en un mundo en el que se pueda

oponer lo verdadero a lo falso, el bien al mal; eso ya no funciona), es potencializar lo que pertenece al orden de la seducción: hacer más falso que lo falso, el *trompe-l'oeil*, más simulado todavía que la simulación. El terrorismo es un acto *supersimulado*.

Pero digo que las potencializaciones no me parecen ser soluciones. Tampoco son ecuaciones, y no pueden provocar una historia, pero, y el fenómeno de las *stars* son las únicas cosas apasionantes —lo digo para mí, que me parece que es cierto— para lo que llamamos las masas. Por eso hablé de «la luz blanca del cine, y de la luz negra del terrorismo». Los únicos que están fascinados hoy, lo están por los ídolos del cine, y por el terrorismo, cosas por encima de las distinciones de su propia verdad, y de la psicología que se le podría aplicar, y esto a pesar de todo el discurso que les acompaña.

—¿Qué se puede hacer?

—No lo sé, porque es evidente que ahí nos encontramos en lo transpolítico. Tal vez habría que profundizar en la diferencia que existe entre fascinación y seducción. Todavía no lo he hecho, pero me interesa mucho. Así, de forma difusa, diría que si hablamos en términos de desaparición de los que sea es fascinante. Hay siempre una fascinación que acompaña a toda desaparición. El fascismo era un modo de desaparición violento de lo político, y ha fascinado, más allá de la manipulación económica, porque fue el primer modo de desaparición que surgió en la escena. Entonces, la fascinación estaría ligada más bien a un modo de desaparición. Pero en ninguno de los dos casos al modo de producción. Eso es otra cosa. Y nuestras pasiones son esas hoy, únicamente esas: o la seducción, o la fascinación.

—Pero debe haber una diferencia profunda entre seducción y fascinación.

—En Italia se dio el caso de dos actores de cine y teatro, durante la guerra, muy significativo. Ellos eran seductores, y el fascismo era fascinante. Quisieron jugar con el fascismo como modo de desaparición. Encontraron una posibilidad por medio de las apariencias. Uno se disfrazó de almirante fascista, y otro de general nazi. Eso era en pleno Venecia, cuando la República de Saló. Al final los fusilaron los resistentes italianos; tenían que fusilarlos a la fuerza. Ahí vemos la oposición entre un orden fascinante y un orden de la seducción. Pero los resistentes mezclaron los dos órdenes y los fusilaron. A través de esos dos actores fusilaron la seducción que había ejercido el fascismo, y que no habían logrado elimi-

JEAN BAUDRILLARD

nar, pues aunque el fascismo ya había sido derrotado, esos símbolos, por los cuales el fascismo era más que un orden político, resultaban inaceptables.

-Es el mismo tipo de reacción de los que prohíben la proyección de una película nazi, porque suponen que puede seguir seduciendo todavía.

-Claro. Es algo que no se ha querido tomar en consideración, ya que el orden político no puede hacerlo, porque es muy frágil ante la seducción. Basta con que se inyecte un efecto de seducción -no de manipulación, sino de reversión, de desviación, de desplazamiento de un orden- para que ese orden se desplome. Y sobre todo el orden político. Así que el orden político no puede soportar la seducción; menos aún que la hostilidad declarada: las relaciones de fuerza se pueden integrar en un orden político, pero no la seducción. La seducción no es una subversión; es una disolución realmente radical, y los fundamentos caen por tierra.

-¿Y la pornografía, por dónde se anda, en este mundo de la seducción?

-Para que haya seducción es indispensable el secreto. La pornografía es todo lo contrario, es la hiperproducción, la «liberación» máxima de los sentidos, de la verdad. Al mostrar los sexos en una especie de obscenidad, es decir, en la promiscuidad «real», en un real más real que la realidad, la pornografía suprime toda posibilidad de juego, de imaginario. Aquí se alcanza la forma pura de la producción: producir por producir, para exhibir de forma desorbitada lo real. Nada se desvía, nada es desviable: todo está en su lugar, irreversible; los órganos en su sitio, y por el sexo mostrado y demostrado, la pornografía acaba con la seducción.

Pero no hay que ser tan pesimista. También se puede decir que eso no es posible en definitiva, porque esta orgía de realismo, esta rabia obscena de decirlo todo, de desvelar la realidad, de descubrir todos los secretos, nos da la medida de lo imposible que es obtenerlo. Nunca se destapa un secreto, la verdad es inencontrable y por consiguiente, la seducción está siempre escondida en algún lugar.

En cierto momento, para destruir la ilusión de la escena, algunos directores de teatro decidieron mostrar los dispositivos que estaban detrás de los bastidores, la maquinaria, como diciéndonos: así es como trabajamos, estas son las estructuras de nuestro trabajo real, no os queremos engañar. Pues bien, esta exhibición acaba por convertirse en un engaño más, en un elemento suplementario de la ilusión escénica. ■ R. Ch-I. R.

LOS NUEVOS SEDUCTORES DE LA DERECHA PERENNE

MANUEL VICENT

ES probable que en la intimidad de su corazón llegaran incluso a dudar. Pero no es seguro. Cuando la Revolución del Mayo Francés vino a España después de algunos años, convertida fundamentalmente en material de boutique, vaqueros, zamarras, botas, bufandas, harapos guerreros y sombreros de granja mormona estos jóvenes estaban preparando oposiciones para abogado del Estado. La nueva música, el nuevo sexo, las largas cabelleras se habían afincado en las aceras de Argüelles. Entonces todo el tiempo era primavera, nuestra cultura de segunda mano estaba llena de batallas estudiantiles contra la policía, de persecuciones bajo las acacias. En cambio ellos estudiaban para notarios, registradores de la propiedad, letrados del Consejo de Estado, técnicos fiscales, inspectores del Timbre o catedráticos de Derecho Político, diez horas diarias, con el pescuezo humillado ante un cuestionario de cuatrocientos temas, arrastrando las babuchas por el pasillo, mientras repetían de memoria una rebita de artículos del código, pruebas praes que a veces les tomaba la novia.

Puede que en algún momento miraran por la ventana o que los domingos al salir a la calle para ir a misa con un devocionario de cantos dorados en la mano vieran pasar las motocicletas de la última seducción con el escape trucado que llevaban a un revolucionario de mayo en el asiento y a una chica recién liberada, esparrada en el transportín y sintieran la tentación brevemente de ponerse también unos pantalones vaqueros. Pero estos chicos opositores tenían ya las posaderas un poco fondonas, las tetillas caídas a los veinticinco años. Es imposible imaginar las caderas de

Landelino Lavilla o de Miguel Herrero de Miñón sometidas a la rabiosa pretina de un Levis auténtico. Lo suyo era otra cosa. En su día habían salido fotografiados con carita de empollón iluminada con luz cenital en las páginas del diario YA cuando consiguieron el premio extraordinario de la licenciatura, mientras su generación bailaba en JJ con los trallazos de pelvis de las primeras gogo-girls enjauladas. Tomaban café con leche y simpatinas. Nunca descendieron al sótano de una sala de fiestas, puede que fueran puteros de tapadillo, no se sabe, pero no olieron jamás el perfume de aquel hacinamiento de muslos, braguitas perfumadas con Nina



Miguel Herrero de Miñón